

## CAPÍTULO 1

### Gracias y chau, Tano

Ningún embarcado en el Titanic sabía que nunca llegaría a destino. Como nadie imaginó que ese, el 566, sería el último número de *Hum*®. Tal vez algunos pocos conocían la determinación que se supo con la revista colgada en los kioscos. O presentían un final inminente. Pero no hubo despedidas. Ni para adentro ni con el lector. Ese que en los inicios ayudó a crecer. A unirse como foco de resistencia, Suministro de oxígeno ante la represión imperante. Trinchera para pelear contra un enemigo común que vestía uniforme militar. Ese lector que ya en democracia maduró y cambió de consumos culturales. O se le amplió la oferta. O se desencantó del apoyo al alfonsinismo. Y tal vez volvió cuando también parecía que había una lucha que emparentaba, aquella contra el combo menemista de despojo + corrupción + censura solapada y frivolidad galopante.

Esta vez no hubo clausura como con *Satiricón* o *Chaupinela*. Hubo un cierre decidido entre unos pocos, una vez que el 566 estaba en la calle y resultaba inminente la quiebra de Ediciones de La Urraca, fundada antes de *Hum*®.

*Humor Registrado* no duró solo los últimos cinco años de la dictadura. Siguió durante dieciséis años más. Hasta que la editorial La Urraca un día quebró por malas decisiones y relaciones, conflictividad laboral. Deudas fiscales, previsionales y juicios por calumnias. Por límites.

La Urraca, la que tuvo un edificio valuado en un millón de dólares. Todo a partir de una revista. Una historia de éxito.

Sería injusto cargar todas las responsabilidades en el fundador, Andrés Luis Cascioli. San Cayetano de dibujantes y humoristas. Patrono aficionado *full time*. Detector de talentos. Que a los veinticuatro años dirigía revistas de historietas. Y antes de los cuarenta era una de las dos cabezas de una publicación revolucionaria. Que poco después enfrentó la clausura, desafió censores, forjó y erigió esa editorial en plena dictadura. Que parió decenas de títulos que hoy se venden en Internet como piezas de colección. Y empleó a centenares de ilustradores, chistosos, caricaturistas, probos y aprendices del plumín y el periodismo, muchos ya consagrados, que nunca más trabajaron todos juntos en un mismo lugar. Pero se peleó con demasiados. Se reconcilió con algunos. Y como pocos en su rubro entregó gran parte de su patrimonio para afrontar deudas y compromisos.

Cascioli soñaba quedar en el mismo altar que Dante Quintero, el delineador de *Patoruzú*. De Ramón Columba, creador de *El Tony*. De Guillermo Divito, el de *Rico Tipo*. Muchos creen que lo logró.

Empezó a tientas. En revistas menores de historietas como *Casco de Acero*, *Maverick*, *Tucson*. Cuando tuvo la revancha fue con *Satiricón*. Luego *Chaupinela*, *Perdón*, *Rocksuperstar*. Y cuando nadie lo esperaba, *Hum®*. A la que luego se le sumaron *Super-Hum®*, *Hurra*, *El Péndulo* y ya en democracia *SexHum®*, *Humi*, *Fierro*, *Caín*, *Raf* y *El Periodista de Buenos Aires*, ese semanario con el que parece que empezaron todos los problemas, el principio del fin, la ruina.

Y ya no hubo nada parecido.

Y el 24 de junio de 2009, meses después de Raúl Alfonsín y Alejandro Doria, sinónimos como él del retorno de la democracia, Cascioli murió y ahora, 36 horas más tarde, está aquí, sin esa sonrisa que de tan característica era inolvidable, inerte en un ataúd cerrado alrededor del cual se amontonan muchas de las personas que lo querían, lo admiraban o las dos cosas.

Las gordas letras en imprenta de una de las fajas dicen Néstor

Kirchner y Cristina Fernández. La otra, Comisión Nacional de Bibliotecas Populares. Se pidió que no hubiera coronas, pero igual las despacharon a la sala mortuoria de Malabia al 1600, barrio de Palermo, Soho.

También se exhortó a que no entraran cámaras de televisión. Solo hay un fotógrafo de Editorial Perfil, que luego irá hasta el cementerio privado en Pilar para “robar” imágenes de caras poco conocidas para el *prime time* de la opinión pública, que suben a tres Mercedes Benz último modelo, color del luto, o se pierden entre una flora prolijísima. Afuera pasan algunos movileros o noteros de TV para buscar la *notita* y rajar a la próxima. Adentro, en el velatorio, hay poco espacio, mucha gente y un horario, de 8 a 15, para el “último adiós”.

La ceremonia se demoró dos días para que llegara de New México, Estados Unidos, Renato, el primogénito de Cascioli y padre de la primera nieta que nació unas semanas atrás y a la que no llegó a conocer. Renato se abraza a su hermano Mauro y a la mamá de ambos, Beatriz Pereira, a quien muchos hoy saludarán como la viuda, aunque estaban divorciados desde el año en el que volvió la democracia.

Luego Cascioli se casó con su secretaria Nora Bonis, con quien tuvo una hija, Malena. Y ahora “Betty” y Nora están ahí, en las únicas dos habitaciones separadas con distancia estratégica.

Un cáncer se llevó a los padres de Cascioli en 1968, con una diferencia de tres meses, y a la única hermana, en 1984, con cuarenta y cinco años. A él se lo descubrieron en 2006. Un control de rutina detectó que la próstata no estaba como debía. Creyeron controlarlo o tal vez era una negación.

Tomás Sanz, con miles de horas compartidas en agencias de publicidad y en gran parte de las publicaciones que tuvieron el sello Cascioli, se enteró de que el “Tano” tenía “el mal” una noche que fue a cenar al departamento de Suipacha y Juncal donde vivía con Nora y Malena. No supo qué decirle. Lo minimizó o pensó que lo sacaría adelante.

Y ahora está a unos pasos del cajón cerrado y le cae la “ficha”

de que su amigo durante más de cincuenta años ya no va a dibujar. Ni aparecerá con la sonrisa de grandes dientes a preguntarle con esa voz aflautada: “¿Qué hacés, Tomasito?”. Y entonces comprueba que esta muerte cierra una etapa.

“Trabajar cerca de Andrés era vivir una sorpresa permanente. Bah, por repetida, por supuesto que dejaba de serlo”, arranca el texto de algo de 2600 caracteres que tuvo que escribir para la edición de este 26 de junio en *Clarín*. “Me quedo además con su sonrisa amplia, su particular ‘parada’ y esa preocupación y ese cariño, que siempre manifestaba sin grandilocuencias, casi sigilosamente”, concluye la necro firmada por Sanz.

Sanz y Cascioli se habían conocido a mediados de los 60 en la publicidad, ese rubro por el que pasaron decenas de humoristas y periodistas en la Argentina, muchos empleados de La Urraca. Compartieron trabajo en agencias, viajes, comidas, sobremesas extensas y luego el ingreso al periodismo por la puerta grande con *Satiricón*. Y después la persecución, la clausura, los juicios, el secuestro de personas cercanas, La Urraca y todo lo demás que formaba el combo de ser referencia, “la resistencia”, blanco de amenazas de muerte, el secuestro de un número y ser parte clave de una editorial que tal vez un día comprobaron que era grande, los trascendía, excedía. Y eso tenía otras responsabilidades, más terrenales y domésticas como lidiar con personal, comisiones internas, sindicato, el largo brazo del Estado y gerenciar la abundancia, la pobreza, la crisis y el cierre. *La Nación* publica una nota sin firma de unos 2500 caracteres. En la misma edición de ese diario, propiedad de una empresa a la que Cascioli asesoró y para la que incluso trabajó, hay una decena de avisos fúnebres que permitirían trazar un perfil del difunto: “Tu mujer Nora y tus hijos Renato, Mauro y Malena te abrazamos con nuestro amor, despidiéndote en tu partida”. “La Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, CONABIP, participa con hondo pesar el fallecimiento del alma mater de la Revista *BePé*”. “Amarilis y Osvaldo Kullahian y Siruhi B. de Piranian lamentan profundamente su fallecimiento y acompañan con cariño a Nora, Malena, Mauro y Renato”. “El Museo del Dibujo y la Ilustración



Última aparición pública de Cascioli, en mayo de 2009, en una exposición organizada por la sede Rosario de Fundación OSDE.

participa su fallecimiento y acompaña a la flia. con cariño”. “Sergio y Juan Izquierdo Brown lo despiden con cariño”. “Tus amigos de Tranquilo Producciones te despiden con sentido afecto”. “Luis Saguier y Momi Peralta Ramos de Saguier participan su fallecimiento y ruegan una oración en su memoria”. “El presidente y el directorio del Fondo Nacional de las Artes participan con hondo pesar el fallecimiento del artista y escritor Andrés Luis Cascioli y ruegan una oración en su memoria”. “Consortio de propietarios Tres Argentos 414 participa su fallecimiento y acompaña a su esposa N. Bonis. Se fue un grande al que seguiremos admirando”. “Donna Carroll y Oscar López Ruiz acompañamos a la familia en tan infausto momento”.

Mañana se sumarán otros siete: “¡Chau, Tano! Tus amigos y hermanos del alma, Carlos y Oscar Blotta”. “Natu Poblet lo despiden con dolor”. “Aída y Alberto Lederman acompañan con cariño a Nora y familia en este triste momento”. “Elisa Medrano y familia participan el fallecimiento del queridísimo Andrés y acompañan con mucho cariño a Nora, Renato, Mauro y Malena. Nunca se

olvidarán del gran artista y la excepcional persona que fue”. “El intendente de la ciudad de Mendoza, Dr. Víctor Fayad, participa con pesar su fallecimiento”. “Sus amigos y colegas lo recordarán para siempre. Carlos Garaycochea, Guillermo Mordillo, Eduardo Ferro, Hermenegildo Sábat, Manuel García Ferré, Sendra, Alfredo Sábat, Osvaldo [Oswal] Viola, Elisa Medrano, Rep, Carlos Basurto, Angel Dobal, E. Maikas [sic], [Rodolfo] R. Mutuverría, [Carlos] Pérez Agüero, Izquierdo Braun [sic], Natalio Zirulnik, Meiji, [Alberto] A. Grisolia, Jorge Benedetti, Tomás Sanz y Jorge de los Ríos participan su fallecimiento y acompañan a toda su familia con mucho cariño”. “El conjunto Les Luthiers participa con tristeza el fallecimiento de su amigo y acompaña a su familia en este momento”.

Y el domingo, dos últimos: “Enrique Nosiglia despidе a su querido amigo y saluda a Nora y sus hijos con afecto”. “El consorcio de propietarios Suipacha 1308 participa el fallecimiento de su digno copropietario y acompaña a la familia en su dolor”.

El velatorio tiene por momentos esos silencios anodinos de todos, pero también otros de una reunión social, cuenta Jorge Barale, el último responsable de *SexHum*® y ex dueño de un puesto de diarios donde se podía conocer los productos de La Urraca antes de que llegaran al último eslabón de la cadena, el lector. Un día mandó una notita, se la publicaron y así empezó una relación laboral de años.

Lo mismo ocurrió con el arquitecto Santiago Varela, que envió un texto para el correo de lectores y Aquiles Fabregat lo llamó por teléfono para saber si había sido un manotazo o tenía condiciones para escribir de manera regular con la misma chispa que percibió en ese papel. Y ahora pregunta por el uruguayo “Fabre” y recuerda al Tano y se reencuentra con todos, como Julio Parissi o Hugo Paredero que llora –sabrà luego– por uno de los muertos que más lloró en su vida. Paredero siente en ese momento la dimensión y la importancia que el tipo que despidе tuvo para él. Lloro de tristeza, agradecimiento, “una mezcla de mucho”, resume. “Tuvimos una libertad salvaje”, apunta.

Otros coinciden. Se reprochan que la muerte de los ex empleados de La Urraca sea el único motivo de convocatoria. Y lamentan

también que al inmenso ilustrador le haya tocado morir el mismo día en que se murieron Michael Jackson y Farrah Fawcett, y la exigua repercusión que la mayoría de los medios le dedicaron al gran artista argentino, como escribirá Ulanovsky un mes después en *La Nación*. “Entiendo (no sin malestar, pero juro que lo entiendo) la gigantesca difusión de la muerte de un ídolo global, así como también la trascendencia del deceso de alguien que fuera una gran estrella de la televisión. Pero lo que me rebela y provoca el presente comentario es que, en su gran mayoría, los medios no hayan puesto de manifiesto adecuadamente la relevancia cultural, artística, política, estética y ética de la obra de Cascioli”.

Aparece Juan Carlos Muñiz, otro que venía del palo de la publicidad y nació en la misma ciudad que Roberto Fontanarrosa, “El Negro”, fallecido en 2008. Muñiz dejó Rosario para trabajar en Buenos Aires y *Hum*® fue uno de los primeros grandes empleos. No por mucho, lo suficiente para ser años más tarde co-hacedor de uno de los últimos trabajos de Cascioli: los libros sobre las dos revistas más vendidas (*Hum*® y *la dictadura* y *SexHum*®, *el sexo de los argentinos*).

Ahora, cerca del ataúd, también tiene la sensación de asistir a la clausura de una etapa muy importante de todos ellos. “Aun los que lo pueden criticar a Cascioli por sus arbitrariedades y su costado menos querible, reconocen ese empuje que le abrió el camino a muchos de los que están acá”, dice.

Juan Sasturain fue uno de los que se peleó dos veces con el Tano y se reconcilió tres. Pero ahí está y foguea el recuerdo de todos, que también ríen con melancolía.

Miguel Rep suma a la tristeza y la memoria y es uno de los que oficia de vocero para las notas en la puerta. Interpreta que las ausencias demuestran la vida y el carácter calentón del Tano.

Uno de los que no está es Fabre, otro puntal que compartió años con Cascioli y Sanz. O Carlos Nine, que no se enteró a tiempo, aunque quién sabe si vendría con la plata que no cobró y lo mal que se llevaban. O Ricardo Portal, el contador de Cielosur que fue un aportante en la prehistoria de la fama junto al odontólogo

Rubén Alpellani, ya fallecido. O Pedro Ferrantelli, otro ex socio y co-fundador de La Urraca.

Oskar Blotta no manejó desde Pinamar para despedir a su amigo, al que siempre considera un hermano.

Aída Bortnik está en cama. Dos años antes, ella lo había bendecido como “un héroe” de carne y hueso cuando habló en la Legislatura, el día que se lo declaró “Figura Destacada de la Cultura” y Cascioli sentía que por fin lo reconocían.

Barale remarca que de *El Periodista* no vino nadie.

Algunos por distancia: Horacio Altuna y Alicia Gallotti, radicados en Cataluña; Quino, en Europa o Sergio Joselovsky, en Suecia. Otros porque nadie los llamó, no se enteraron o el aviso les llegó tarde, como Juan Zahlut, Marcelo Lawryczenko, Pablo Colazo, Juan Martini. La difusión de la noticia rebotó en muy pocos medios o no encontró espacio entre la fama de Michael y Farrah.

A la redacción de *El Cronista Comercial* la información llegó por Facebook. “Pero igual dudamos. Crucé una mirada con Gerardo Patiño, jefe de Arte del diario, y ambos compartimos la misma incredulidad. ‘¡Pero si Andrés Cascioli es inmortal!’, dijimos en voz alta, sin asumir siquiera la posibilidad de que estábamos frente a una noticia, no un rumor. Escépticos por naturaleza, nos rendimos cuando el título apareció en los portales de Internet”, escribe Hernán de Goñi en la edición de este 26 de junio del diario color salmón donde Cascioli también dibujó. “A fines de 2002 –revela De Goñi–, nuestro diario decidió retomar una senda en la que habían transitado ilustradores reconocidos como Kalondi y Raúl Perrone. Su nombre surgió como quien piensa en buscar un director de cine y arriesga un ‘¿y si llamamos a Spielberg?’. Convenimos una cita en la redacción. Aceptó entusiasmado la oportunidad de poder retratar para un diario el particular momento político que se alumbraba en la Argentina de esas horas”.

Allí firmaba como Demo, pero ninguno de los muchísimos dibujantes a los que ayudó a crecer desde sus revistas no se hubiera dado cuenta quién estaba detrás de ese seudónimo.

No fue lo único que Cascioli debió hacer en los últimos años





Foto del autor.

Fachada actual del edificio de Venezuela 842, ex sede de Ediciones de La Urraca, hoy una de las dependencias de la Defensoría del Pueblo de la ciudad de Buenos Aires.

para ganarse la vida como si recién empezara, a partir de la quiebra en octubre de 1999 de La Urraca.

El ritual mortuario recibe más feligreses. Laura Linares, que integró el staff de *Satiricón*, *Chaupinela* y *Hum®* y fue la madre de *Humi*, siente que está ante la última convocatoria de alguien cuya sonrisa lo convertía en el gato de Cheshire de *Alicia en el País de las Maravillas*. Se reencuentra con gente muy importante, para ella, “como volver a estar en esa gran oficina, en esa redacción. Hay tristeza, nostalgia, corroboración. Falta Guinzburg, Abrevaya y ya no están montones y no se puede creer que los más grandes

ya tienen setenta años, muchos se murieron a los cuarenta y pico, cincuenta. Es como que todos seguían siendo lo que eran”.

Tienen falta justificada Fontanarrosa, Dante Panzeri, Raúl Fortín, Viuti, Osvaldo Soriano, Jorge Sabato, Alberto Speratti, Aníbal Vinelli o Ricardo Camogli.

A Gloria Guerrero no le gustan los velorios. Pero le pareció que tenía que ir porque además quiere mucho a Renato y Mauro. “Somos una banda”, le surge cuando comprueba la convocatoria. Con muchos hace quince años que no se veían. “En algún punto, Andrés nos juntó a todos y en algún punto nos volvió a juntar ahora”, razona.

Uno de la “banda” es el ex socio publicitario de Cascioli, John Melvyn Hall o el fotógrafo Eduardo Grossman, quien dice deberle al Tano su fama porque el crédito de las fotos que hacía para ilustrar los reportajes de Mona Moncalvillo aparecía en el mismo tamaño que el nombre de la periodista.

Eduardo Maicas también siente que se cerró toda una época y que se va el único tipo que podía hacer de nuevo una revista que les diera trabajo.

Alejandro Dolina siente una gran tristeza porque encima en los últimos años la amistad con el Tano había reverdecido y la relación tenía una profundidad inédita. Se enteró por Nora de la enfermedad. Al creador del Doctor Cureta, Jorge “Meiji” Meijide, le costó tanto ir con la mochila cargada de broncas, deudas, maltratos, “cositas” que ya no tendrá sentido recordar, siquiera mencionar.

Sergio Pérez Fernández llora como si se hubiese muerto su viejo, el artista plástico Carlos Pérez Celis, amigo de Cascioli, fallecido en agosto de 2008. Empezó a trabajar con el Tano cuando tenía dieciocho años y lo hizo a la par, literalmente, hasta que *El Periodista* ya tenía un año en la calle. Pero luego quedaron amigos y por él, su papá y su ex jefe también lo fueron.

Llega Hermenegildo Sábat, que solo dibujó para *El Periodista*, pero eran amigos con Cascioli a partir del oficio. “Acá la gente es muy indiferente –rezonga–. La sociedad es muy injusta, debería ser

más solidaria con los esfuerzos, con la tenacidad y con la trayectoria”. Habla de Cascioli, pero también de él. Al colega le reconoce “una condición valiosa: no tenía celos por el talento ajeno. Era muy importante eso porque abría camino a toda la gente que trabajó ahí, por lo que se veía”.

Oche Califa, su último compañero de aventuras gráficas, lo avala: “Enloquecía de alegría cada vez que encontraba un dibujante, ilustrador o redactor que fuera talentoso”. Y aclara: “No importaba el signo político”.

En unos días, Califa escribirá en *BePé* (el último proyecto editorial que pergeñaron como socios): “No había tareas menores para él. No le tenía miedo a nada y cualquier emprendimiento le parecía posible. Andrés no parecía conocer el miedo. Ni mucho menos la derrota. Era capaz de volver a la carga una y otra vez, sin medir consecuencias”.

Algunos llegan, saludan y se van, como Moncalvillo o Carlos “Braccamonte” Llosa que entra, abraza a Nora y “Tomasito”, pero no puede evitar llorar. Tampoco hablar, y dice que Cascioli era un genio, pese a las peleas por política, la relación compleja, aunque de mutuo respeto, que tenían. Lloro tupido como un niño. Se va enseguida.

Alfredo Grondona White lamenta no tener ni un lápiz para escribir una tarjeta de condolencia. Pero deja “saldadas todas las diferencias y acrecentadas las experiencias”.

En los blogs hay mensajes, críticas, comentarios anónimos que recuerdan por ejemplo las deudas que dejó La Urraca, el apoyo de *Hum*® al gobierno radical, lo negativo.

Horacio Fiebelkorn, un ex colaborador de la revista, abunda en ese debe de la revista: “Haber hecho suya la idea alfonsinista de que todo reclamo era ‘desestabilizador’. Esta adhesión le quitó humor y la convirtió en una revista de opinión. En paralelo, el crecimiento de la editorial La Urraca encontró su techo en los 80: cierre de revistas como *El Periodista*, rumores de vaciamiento nunca confirmados, y el estado fantasmal en que fue quedando el edificio de la calle Venezuela, con un Cascioli casi aislado y demasiado convencido de haber derrotado, él solo, a la dictadura. Aquella

bohemia heroica de los primeros 80 ya estaba bajo tierra. Y los 90 terminaron de cargarse a la propia revista, que pese a todo hizo historia por no tratar de imbéciles a los lectores, y por abrir esa ventana urgente, necesaria, que a tantos nos permitió respirar en tiempos difíciles”.

Los lectores lo despiden en radios, diarios y redes sociales. Roberto Benedetto escribe: “Se fue un amigo, un gran amigo. Lo conocí personalmente, ¿me conocía? No, de la misma manera que no estuve nunca cerca de John Lennon ni del Che Guevara. Pero fueron parte indisoluble de mi adolescencia [...]. Andrés Cascioli, junto a los periodistas que conformaron la revista *Hum*®, representaron un huracán de aire libertario en medio de tanta basura, censuras, bajezas, traiciones, destierros, muerte. [...] Así como esperaba impacientemente los fines de semana para divertirme con mis amigos o ir a la cancha a ver a mi equipo querido de fútbol, con el mismo interés esperaba la llegada de *Hum*®”.

Daniel Sánchez, en *Página/12*, reverencia: “Gracias, Tano Cascioli por tanto bueno que nos diste, gracias *Página/12* por lo mismo. Tal vez en el fragor de las redacciones y la búsqueda de ideas que expresar no se den cuenta de lo mucho que nos dan a los que estamos acá, de este lado del papel, con el ojo puesto en lo que hacen, a veces de acuerdo, otras no. Me acuerdo de pibe adolescente, laburando en la construcción, comiendo una faldita asada y sentado en una bolsa de cemento, leyéndolos. Por ustedes conocí la forma de ejercitar el melón, que el cuerpo ya tenía bastante con el laburo y ese algo lo podía comprar en el kiosco. Gracias a *Satiricón*, *Mengano*, *Chaupinela* y las *Hum*® supe aprender a leer entre líneas, conocí la ironía, la prosa poética del negro Dolina, la ciencia ficción y la divulgación científica de Moledo en la *Péndulo*, a Feinmann, qué sé yo, pudieron mantener encendida la llamita en la noche negra de la dictadura, y en el menemato, de la inteligencia y la decencia. No todo es rosa y no estuve de acuerdo a veces, pero los respeto a ustedes por hacer lo que hacen sin haber caído en lo mercenario”.

Carlos Zeppa no escribió nada. Se enteró por *Página/12* de la muerte y dice que lo entristeció como si hubiese muerto un hermano,



Cascioli rodeado de su esposa Nora y su única hija mujer, Malena, semanas antes de morir.

un amigo que lo acompañó siempre. Nunca lo conoció, aunque fue a la redacción para participar de una mesa de jóvenes, allá en 1978 junto a Dolina; o a llevar alguna carta. Leía a escondidas *Satiricón* con diez años y hasta 1999 compró todos y cada uno de los productos de La Urraca y muchos de ellos aún los atesora literalmente en un placard de la casa.

La cobertura de *Página/12* es generosa: desde la ubicación en la cabeza de la tapa de este 26 de junio, hasta una doble página con textos del sobrino de Aquiles Fabregat, Eduardo, y los testimonios de José Pablo Feinmann y Sasturain.

Allí en una contratapa lo había homenajeado Rep el 1° de junio con una tira que él se preocupó de que el Tano viera (y la esposa, Bonis, jura que así fue). “Qué lindo potrero fue la *Hum*®”, escribió el dibujante sobre la revista donde empezó a publicar muy joven como tantos otros por la posibilidad que daba a quien ahora retrata como “uno de los editores más inquietos, pujantes y arriesgados, que era gritón, cabrón y sonriente y lograba mística y peleas, amores y odios”.

El diario *Crítica*, que en tapa prefirió priorizar a Jackson, le dedicó toda una página en la edición del 26 de junio con una nota

en la que hablaba Sanz y Paredero y se completaba con una opinión del periodista del diario Osvaldo Bazán, quien se reconocía uno “de aquellos que entendió la vida como *Humor Registrado* la mostró. Me quedaron de aquellos años de lecturas asombradas en el colegio secundario, cierta noción de ética periodística, cierto ‘de eso se habla’, cierta intención del cuidado del lenguaje, de la apertura de cabeza, de rebeldía, aunque suene ingenuo. Nunca pude explicar a quienes no lo vivieron lo que significaba la llegada quincenal de *Hum®* a mi pueblo. Y la emoción de aquella mañana que me llegó en sobre sin identificación, el número prohibido, el de Nicolaides en patineta (cuando lo prohibieron mandé una carta como lector triste y, en un gesto increíble, me la mandaron desde Buenos Aires por correo)”.

Bazán intenta imaginar: “¿Cómo habrá sido toda esa gente junta, cuando afuera pasaba lo que pasaba? ¿Cómo fue que Cascioli los juntó y les dijo ‘vamos para allá’? Y que fueran. Alan Pauls, Grondona White, CEO, Viuti. ¿Cuánto daríamos, periodistas de siempre, por vivir una experiencia así? Desparpajo y compromiso, gracia y seriedad, todo junto. Y por sobre todo, el nombre de Andrés Cascioli, que los juntó y les dijo ‘vamos para allá’. Es tarde, pero quiero decirte gracias”.

Para el día siguiente, también en *Crítica*, Bazán escribirá una columna donde comparará a Cascioli con Jackson y se quejará de la cobertura de uno y otro. En esa misma edición se sumó a la despedida el periodista Miguel Grinberg para agradecer el espacio que le dio cuando en el primer año de los aún oscuros e inciertos 80 le llevó el proyecto de la revista bimestral *Mutantia*, una publicación que le describió “pacifista, antinuclear, contracultural y espiritual, en la línea de lo que luego fue reconocido como Movimiento de la Nueva Era. Sospeché que no terminaba de entender mi relato, pero su respuesta fue sorprendente: ‘Tengo un departamento de producción y tenemos una imprenta. Si me traés el contenido listo para diagramarla, la hacemos juntos’. Dicho y hecho. [...] La bancó durante los siguientes meses, por supuesto me invitó a colaborar en su exitosa revista, y fui parte del equipo que creó la revista *Hurra*.

Jamás firmamos un papel para refrendar nuestra sociedad y mucho menos intervino para supervisar los sumarios de mi revista, que a veces se pasaba de la raya de lo políticamente ‘correcto’ en esos tiempos represivos. ‘Gracias, Tano, desde el alma’”.

Jorge Fontevecchia también lo despide. “Cuando hay censura, el humor es el lenguaje más eficaz para escapar a los límites. Pero Andrés Cascioli fue mucho más allá del humor. La democracia tiene con este Tano cabrón una deuda eterna. Yo también”, escribe el mandamás de Editorial Perfil en el periódico que lleva ese nombre. También cuenta cuándo lo conoció y lo mucho que lo admiraba. Ilustra con fotos del entierro que la familia pidió que sea privado. Lo que Fontevecchia no recuerda es que cuando lo convocó para hacer la revista *El Cacerolazo* no le asignó presupuesto para que llevara a quienes él quería y sabía cómo trabajaban y en cambio sí periodistas que deambulaban por los pasillos de la empresa sin tareas fijas, con el sambenito interno de “residuales”.

En *Perfil* declara Blotta, vía telefónica desde Pinamar. “No era un cómico. Yo más bien lo recuerdo como un tipo afable, simpático y muy cariñoso. No quisiera decir lo convencional que se dice siempre... O sí: era un familiar y un artista inmenso, un hermano. Lo conocí en la adolescencia y me di cuenta de que era un tipo extraordinario”, cuenta su ex socio en *Satiricón*, con quien también se peleó varias veces y se reconcilió para siempre en los últimos diez años.

Muere Cascioli y parece que se muere una revista. Que dejó de publicarse diez años atrás porque quebró una editorial que empleó el talento de incontables dibujantes, humoristas, periodistas, fotógrafos, laboratoristas, artistas, administrativos, muchos de los cuales el Tano detectó o impulsó, e involucró a lectores y miles de protagonistas de una historia, como tantas otras, irrepetible.